

A PARTE de los comentarios que se pudieran publicar en esta Revista caso de que los hubiere —porque desconozco si los habrá— sobre la celebración festiva del XXV aniversario de la fundación o creación del Museo de la Huerta, yo que estoy más cerca de los días de la iniciación que de los de conmemoración, aunque esto parezca una paradoja incomprensible, no por eso deba negar que en la actualidad, se ha visto el deseo regocijante de las gentes ávidas de esta clase de acontecimientos, precisamente en el epicentro del núcleo cultural cuando se trata de evocar las tradiciones y el costumbrismo que llevamos en la sangre. Esto es, la celebración en su propia salsa, en su lugar apropiado que es el único de referencia: El Museo de la Huerta. El sitio donde se representa. El que todavía seguimos desconociendo. Al que todavía no le prestamos atención. El que por casualidad y gracias a una Asociación de hombres amigos de este Museo al que quieren ayudar para no dejarle morir, se ha necesitado ver transcurrir unos veinticinco años sin que se haya celebrado uno de aquellos espectaculares festivales o eventos de los años 67, 68, 69 y 70. Los congresos que se celebraban en Murcia no dejaban de visitar el Museo completo y repleto de fondos museográficos, su entorno de iluminación incluyendo a la Noria, su afluencia de público a todas horas, especialmente las tarde y las noches, sus cercanos aparcamientos con abundancia de autocares y coches nacionales y extranjeros, sus señalados días del turismo parando a los internacionales para obsequiarles con productos de la tierra y propaganda etnológica, las recepciones de las misiones folclóricas de Méjico, Ar-

gentina, Bolivia y otros países de suramérica, la Operación Plus Ultra de aquella época que recorría España nos avisaba de su llegada al Museo, los congresos de Medicina, de Periodismo y de la Seda de carácter mundial alguno de ellos como el de periodismo que se acercaba a los 200 congresistas, al menos así lo veíamos nosotros a juzgar por los preparativos según el cálculo de asistentes.

Luego las personalidades que han desfilarado para firmar en el libro de Oro que afortunadamente aún existe. Está a disposición de quienes tengan interés de conocer las personas relevantes que a lo largo de los años han dejado constancia de su visita exponiendo su criterio o su opinión de algo que les ha llamado la atención, por cuanto sus ojos hayan visto en un Museo original distinto a otros museos de más o menos parecido de los poquísimos que existen en Europa, referidos a esta rama de la Antropología cultural, los tres o cuatro que existen en el mundo ninguno como este al aire libre, o tan al aire libre, aunque no descartamos que ya hay proyectos y sabemos donde, van a descargar los millones que hagan falta para realizar verdaderas maravillas. Y nos debemos felicitar porque si nosotros hemos pretendido homenajear a la huerta murciana, levantar un monumento al huertano y rememorar nuestros ancestros a indigenismo o atavismo de lo que estamos orgullosos, haciendo una reflexión emblemática de nuestros antepasados, como portadores y heraldos de nuestro propio ser, como si lleváramos el signo de donde venimos para honrarlos y dignificarlos proclamando lo grandioso de lo autóctono, convengamos pues que otros pueblos hagan después lo que nosotros hemos hecho antes.

Tenemos felicitaciones de la UNESCO con el reconocimiento consiguiente de su Director General «entre cuyas prerrogativas estatutarias figura precisamente velar por la preservación del patrimonio cultural y natural de sus Estados Miembros considerados individualmente y, cuyo valor inestimable constituye, en algunos casos el patrimonio de la humanidad en su conjunto» que así nos dice entre otras cosas que albergan esperanza.

Desde su creación, fue adscrito a la Dirección General de Bellas Artes y en 1982 fue declarado Monumento Histórico Artístico por el Ministerio de Cultura. Ha demostrado interés y despertado su apoyo el Comité Nacional Español de ICOMOS —Consejo Internacional para la defensa de los monumentos y de los sitios históricos-artísticos— de cuya Secretaría General recibimos «En primer lugar, quiero expresarle mi honda satisfacción al saber que han creado una Asociación dedicada a tan nobles fines. En segundo lugar, le manifiesto, ya desde ahora, mi simpatía e interés por no dejar decaer, sino al contrario, potenciar un centro cultural de tanto sabor e importancia socio-cultural».

La casi totalidad —todos a quienes nos hemos dirigido— de la plantilla de Letras de la Universidad de Murcia, han puesto de manifiesto públicamente y así lo hacemos constar en uno de nuestros libros sobre el Museo, su satisfacción y reconocimiento e interés por la conservación y prosperidad de este Centro murciano, así como algunos consejeros de la Comunidad Autónoma, algunos miembros de la Academia, ya Real Academia Alfonso X el Sabio con su Director y Secretario General entre otros hemos recibido ayuda, de los Colegios Oficiales Profesionales,

del Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, de Madrid, de otras entidades y hombres de profesiones libres de la intelectualidad en general, personas en fin, que tienen alguna entidad y son responsables de sus afirmaciones, todos ellos nos han alentado y responden en lo universal para la defensa, mantenimiento y superación real de este Museo.

Recordamos el cúmulo de problemas y dificultades que se sucedieron a la hora de emprender la labor de poner en marcha una empresa de este tamaño.

Recordemos los pocos medios económicos de que disponíamos para desde la cota O, había que caminar paso a paso para como el grano de mostaza, llegar a ser un Centro conocido internacionalmente a partir de los años desde su inauguración, con el ánimo e intención de verlo poco a poco, más intenso, más extenso y más prestigiado.

No sólo que su biblioteca se ha aumentado en nada, ni se han producido aumento en sus fondos, al contrario se han disminuido —esto lo podemos probar— habiendo desaparecido la iluminación de la Noria y de otras zonas, desapareció la sala de la conserva en su totalidad, el pajar y las fuentes de los botijos y de las tinajas, como también innumerable material de sus pabellones. Dejemos los etcéteras.

Han pasado veinticinco años desde aquel 11 de marzo de 1968, en que un puñado de hombres —y mujeres también— se pusieron a trabajar a cambio de nada. No buscaban protagonismo, porque en la balanza había un platillo refractario e indolente que frenaba cualquier atisbo triunfalista. Más protagonismo existe ahora precisamente de quienes no aportaron nada. No fue una empresa con

intención de lucro para los que trabajaron en ella, porque no había «un duro» y los que trabajaban allí, se desprendieron de gran parte de lo que todavía existe, no de todo. No fue tampoco un capricho ni una locura, porque al mismo tiempo que no se abandonaban otros servicios y realizaciones, se apoyaba una obra cultural y se comenzaba a recordar y homenajear a la huerta, a sus hombres, y al acervo plural de nuestros antepasados precisamente en una época de crisis total de todo lo huertano, porque hasta para las pañoletas y los botones plateados de los chalecos en la indumentaria regional, se hubo de apelar a Valencia. Había bastantes menos peñas huertanas. Que levanten la mano las que había. Quizá alguna.

Cuando se celebran las bodas de plata de este Museo, sin que por medio haya habido unos acontecimientos tan simpáticos y tan deseados como los del 25 de abril pasado, con una modesta comida de hermandad, que lo importante no es el menú de las estupendas, meritorias y bondadosas amas de casa a quienes tenemos que rendirles nuestra gratitud, sino el ambiente humano y generoso de nuestros asociados y simpatizantes que estaban allí para dar testimonio de su presencia, y de ese gentío que no cabía en el recinto que siempre se nos queda pequeño en las grandes solemnidades. Ese fue el momento del recuerdo de aquellos que se entusiasmaron, que aportaron su trabajo, o su dinero, o sus objetos museográficos, de horas amargas en ocasiones, de momentos difíciles hasta aguantar charrones no de agua limpia, más bien afeando una labor que les parecía no servir para nada, aprovechando quizá el ins-



tante más dificultoso y problemático para hundir el ánimo para resaltar el fracaso. En el contraste de los recuerdos —o si queréis de la nostalgia, aunque sé que esto no va a gustar mucho— el reavivar como del antes dicho Cero al infinito, si es verdad eso de que tanta gente aplaude, se adhiere o se introduce en las profundidades del Museo, de su contenido, de su historia o de sus enseñanzas, dejad caer al menos una lágrima en los ojos de quienes hayan visto encender la antorcha de la creación del Museo de la Huerta, que son tantos que no es posible enumerarlos a todos, porque si ellos hubieran estado el 25 de abril también habrían llorado de emoción y de alegría.

Diego Riquelme